

El Partido Popular camina sobre las huellas del PSOE de los años noventa

Rastros de catalepsia

GONZALO LÓPEZ ALBA

Público - 19/01/2008

Olvidan quienes se han apresurado a enterrar a Alberto Ruiz-Gallardón que en política no es un estado desconocido la catalepsia: accidente nervioso repentino, de índole histérica, que suspende las sensaciones e inmoviliza el cuerpo en cualquier postura en que se le coloque, en aparente muerte y sin signos vitales, cuando en realidad se halla en un estado consciente, el cual puede a su vez variar en intensidad. En ciertos casos el individuo se encuentra en un vago estado de consciencia, mientras que en otros pueden ver y oír a la perfección todo lo que sucede a su alrededor. Alternativamente, el individuo puede presentar signos vitales, pero es incapaz de controlar sus extremidades. La reacción del alcalde de Madrid tras su exclusión de las listas electorales de su partido reproduce el cuadro clínico completo de este estado biológico. Sufrió como un "accidente nervioso repentino" el conocimiento de la encerrona que le había preparado Esperanza Aguirre, fue "de índole histérica" su primera reacción de abandonar la política, presentado alternativamente "signos vitales" al puntualizar más tarde que no anunciaría su decisión hasta conocer el resultado del 9-M, y se demostró "incapaz de controlar sus extremidades" al dejar traslucir su estado de ánimo.

Estados similares han llevado a muchas personas a ser enterradas en vida. Pero no conviene olvidar que catalepsia viene no sólo de narcolepsia, sino también de catapulta, una conjunción de ambas

palabras que en griego significa "no tan muerto". En política los muertos a veces resucitan, y el alcalde madrileño fue amamantado en esa pasión desde la misma hora de su nacimiento por un político de raza, José María, su padre.

Derrotas que no fueron fracasos

No tiene Ruiz-Gallardón el copyright del "he sido derrotado". "Yo he perdido", dijo en 1990 Carlos Solchaga tras ganar los guerristas el pulso que les habían echado los felipistas por el control del PSOE, en su 32 Congreso: "Aquellos que, de manera más reconocida por la opinión pública, hemos defendido tesis aperturistas no estamos en la Ejecutiva, y desde ese punto de vista hemos perdido. Al menos, yo he perdido".

Solchaga perdió la batalla para provocar un cambio en la correlación interna de fuerzas dentro de la Ejecutiva del PSOE, de la que se vio apeado. Sin embargo, aquel fracaso del entonces ministro de Economía en la lucha por el poder representó el comienzo del triunfo de sus tesis aperturistas y liberales, que acabarían imponiéndose años más tarde, y el principio del fin de la hegemonía del guerrismo.

La amnesia, que se ha convertido en un resorte de supervivencia en la era de la posmodernidad, a causa de la imposibilidad de acumular la vertiginosa sucesión de nuevos acontecimientos, incluye el olvido de que José María Aznar también fue derrotado en la batalla por el poder interno. En 1987, cuando el PP todavía se llamaba Alianza Popular, la candidatura encabezada por Antonio Hernández Mancha, con Arturo García-Tizón como secretario general, venció al tándem alternativo formado por Miguel Herrero de Miñón y el ahora presidente de honor del

PP. García-Tizón, que acompañó a Mancha en su defunción política, regresa ahora como cabeza de lista por Toledo.

La alargada sombra del viejo patrón

Al margen del futuro político personal de Ruiz-Gallardón, el sainete del PP es una prueba de contraste de las pasiones que dominan la condición humana. Ha confirmado que Aznar, como Felipe González en los años noventa, sigue proyectando sobre su partido la alargada sombra del patrón que se fue pero sigue estando. Íntimo amigo de Manuel Pizarro, fue el ex presidente del Gobierno quien dio el empujón a este político de la empresa o empresario de la política -no es fácil enfocar a Jano- para que apuntalara la candidatura de su heredero por designación. Y, acaso, no haya sido tan ajeno al despeñamiento del alcalde de Madrid, como Felipe González no lo fue por completo al de José Borrell, el efímero candidato socialista a la presidencia del Gobierno cuyo nombre no llegó a inscribirse en las papeletas de voto. De Borrell decía González: "Tiene la mandíbula de cristal". De Ruiz-Gallardón, dicen: "Es cobarde". Pero, aunque así sea, son valientes sus ideas de una derecha moderna y abierta, y no está escrito que no esté pisando en las huellas de Solchaga. Lo peor para Rajoy no ha sido enajenarse el potencial apoyo de los votantes que podría haber arrastrado el populista Ruiz-Gallardón en su favor, sino el desarrollo argumental de la crisis. Si el fichaje de Pizarro había logrado proyectar la imagen de que tenía auténtica ambición de poder, el holograma se volatilizó de inmediato con su explícita advertencia de que no estaba dispuesto a tolerar que ni Ruiz-Gallardón ni Esperanza Aguirre se erigieran en "administradores" de su sucesión, que es tanto como confesar una demoledora falta de confianza en sus posibilidades.

Que el pulso lo haya decantado la presidenta de la Comunidad de Madrid sólo abona ese diagnóstico y es fiel repetición del rumbo a la deriva que tomó el PSOE tras su derrota electoral y la renuncia al liderazgo de Felipe González, cuando los barones territoriales y la vieja guardia se erigieron en albaceas y se adueñaron del partido ninguneando al líder formal.

Interesa a la ambición de Esperanza Aguirre recordar que Mancha fracasó en el intento de liderar la oposición desde el Senado y que José Bono no logró conquistar el liderazgo del PSOE desde un gobierno autonómico. A su favor juega que sería la primera mujer española en aspirar a la presidencia del Gobierno y que Zapatero ha instaurado la costumbre de los cara a cara en la Cámara alta, donde ella sí puede estar.

A siete semanas de las elecciones, Rajoy ha demostrado una incapacidad que enaltece la impotencia de Joaquín Almunia para pilotar un cambio desde la continuidad. Ni siquiera le queda la posibilidad de batirse en el campo del talante y de la convivencia con Zapatero, que también en esto le madrugó recuperando a Bono, el sosias de Ruiz-Gallardón, aunque sólo sea por un criterio de utilidad.

Las astillas se han clavado en el cuerpo del alcalde, pero con su golpe de autoridad Rajoy se ha roto la mano y descoyuntado la mesa.

Va a resultar verdad, que Zapatero sí tiene baraka.